

Jasminka Petrovic

Es difícil no quererme

Traducción del serbio: Maja Mavrak

Ilustración: Ana Petrovic

Odisea,

Belgrado, 2019

Para Zigui, Maga, Baki y el resto de mestizos



Primer capítulo

¡Ay, qué aburrimiento!

Cuando Nina no está, la vida está vacía como un comedero sin comida. Si por lo menos la ventana estuviera abierta para poder ladrar a los transeúntes. Pero no está.

¡Las pantuflas! ¡Buena idea! Morder pantuflas siempre viene bien. ¡Hm, pero no hay ni una pantufla en el corredor! Seguramente mamá Perisic las metió en el armario. Ella siempre limpia, barre y arregla la casa.

La puerta del baño está cerrada, así que ni siquiera puedo desenrollar el papel higiénico por los cuartos. ¡Grrrrr!

El jamón está en la nevera. Los calcetines en el cajón... Las almohadas ya escondidas en alguna parte... ¿Y qué hago yo ahora? ¿Qué?

¡Ay, qué aburrimiento! Si por lo menos pudiera morder el mando a distancia, pero papá Perisic lo tiene en el coche. Dice que ese es el sitio más seguro donde el Pesado no lo va a encontrar. El Pesado soy yo. Él es el único que me llama así, para el resto soy Krtza. Papá Perisic es todo un personaje.

¡La pelotita! ¿Dónde está mi pelotita? ¿Debajo de la mesa de cocina? No está. ¿Sobre el sillón? No está. ¿En la caja de herramientas? No está. Seguramente está en el cuarto de Nina... ¿Dentro del bolsillo de pijama? No. ¿Detrás de la puerta? No. ¿Debajo de la cama? Hm ¿Y esto qué es? Una revista... Sí, eso es incluso más interesante que la pelotita. Cien veces más interesante. Mil veces.

¡Yuju! Llevo la revista entre los dientes corriendo por la casa. ¡Qué locura! ¡Aunque siempre puede ser más grande! Estoy moviendo la cabeza de la izquierda a la derecha y las hojas vuelan por el cuarto entero. Me queda solo la portada en la boca. La puedo rasgar si quiero. Y quiero. Y por qué no. Sostengo un lado con la pata mientras rasgo el otro con los dientes. Lo puedo hacer más fino... Aún más fino... ¡Hago que la portada se convierta en confetis! En un millón de confetis. En dos millones de confetis. ¡Bravo por mí! ¿Hay algo más bonito que confetis sobre la alfombra? Sí lo hay, rodar por la alfombra con confetis.

¿Será lo que oigo la llave en la cerradura? Sí, lo es. ¡Nina! ¡Es Nina!

¡Ven! ¡Anda! – la estoy tirando del cordón. ¡Anda! ¡Date prisa! Tengo una sorpresa. ¡Una gran sorpresa!

Está dejando la mochila en el suelo y va detrás de mí.

¡Nina, mira los confetis! ¡Dos millones de confetis están esperando a que ruedes sobre ellos! ¡Qué locura! ¡Una verdadera locura! ¡Anda! ¡Muévete! ¡Así! Te tumbas en la alfombra y ruedas. Un poco por este lado... Entonces un poco por el otro... Nina, si te apetece más saltar sobre los confetis, también se puede. ¡Así! Tampoco está mal si corres, entonces los confetis vuelan alrededor de ti. ¡Yuju! Correr es incluso mejor.

Nina está de pie. No quiere jugar. Qué fastidio. Tiene la cara de enfadada. Ahora hasta está gritando. Está enfadada. Está amenazándome delante de mi hocico. Eso sí que fastidia. ¿Qué estará intentando decirme? No entiendo nada. A lo mejor le da pena que hay solo dos millones de confetis en la alfombra. Para rodar se necesita por lo menos cuatro millones. ¡Tiene razón! ¡Tiene toda la razón! Me he equivocado.

La revista me la trajo papá de Alemania. No se vende aquí. Tiene las serpientes de todo el mundo. ¡A mí me interesan las serpientes... Y tú lo has destrozado todo! ¡Todo! – grita Nina.

A una persona normal no le gustan las serpientes. A mí ni siquiera los gusanos me caen bien y mucho menos serpientes. Me pongo cara de enfadado y bajo la cola. ¿Cómo a uno le puede gustar ese animal frío y espeluznante, que se parece a un cinturón? ¿Cómo? ¡No lo entiendo, de verdad!

Nina está recogiendo los restos de hojas de la revista. Me estoy moviendo de un pie a otro y estoy moviendo los bigotes. ¡Hm, así que ella prefiere estos reptiles a mí! ¡Qué horror! ¿Cómo es posible? ¡Las serpientes son feas! No tienen piernas. No tienen orejas. No tienen pelos. No ladran. Y lo que es peor, son peligrosas. Te pueden envenenar, ahogar, tragar...

Hay muchos prejuicios sobre las serpientes, que son feas, peligrosas, malas... ¡No es exactamente así!

¿Qué es esto? Nina está leyendo mis pensamientos.

¡Guau, guau!, estoy negando. No estoy de acuerdo con ella en absoluto, pero ella sigue con lo suyo. No le importa lo que pienso para nada.

Hay más personas en el mundo que mueren de un trueno que de mordedura de una serpiente. Si la encuentras en el campo, solo necesitas calmarte, no hacer movimientos bruscos y se irá.

¡No, gracias! Bastante tengo ya con los piojos saltando encima de mi espalda, no necesito reptiles. Si tanto le gustan, la pueden pasear hasta encima de la cabeza. No me importa. Si tuviera que elegir entre las serpientes y yo, sin pensar me elegiría a mí mismo. ¡Es normal! En primer lugar, soy más bonito, en segundo lugar, tengo bigotes.

Nina está bajando hacia el suelo y empieza a llorar. ¿Qué es esto ahora? Me siento tan tonto. A lo mejor no debería haberle tocado la revista. Pero me aburría. Me encierra, se va al cole y se pasan horas hasta que vuelva. Además, cada tarde tiene clase de ballet.

Inclino la cabeza y la miro a escondidas. La miro y ¿qué es lo que veo? Veo las orejas que brotan del pelo.

¡Ala! ¡Qué rico! – ladro y muevo la cola.

Si hay algo en el mundo que me gusta hacer es morder orejas. Especialmente las suyas. Salto a sus hombros con las patas delanteras y empieza la cosa. ¡Sus orejas son tan blandas como el pan! Estoy saltando y mordiendo un poquito una y un poquito otra oreja.

Estamos rodando por el suelo. Nina se está riendo. ¡Qué alivio! Al fin al cabo le gusto más que las serpientes. Dos millones de confetis vuelan alrededor de nosotros.

¡Yuju! – levanto la cabeza y ladro.

¡Viva yo! ¡Viva Nina! ¡Viva la vida!

Segundo capítulo

No lo ha hecho Krtza, ¡he sido yo!

Hoy Krtza ha rasgado los zapatos de mamá en mil pedazos. No en mil, ¡en un millón! Cuando mamá entró en casa estaba a punto de desmayarse. Los pedazos de los zapatos estaban por todos lados. Hasta encontró un tacón en la lavadora.

Cuando salimos de casa hay que poner todas las cosas de importancia en la despensa y cerrarlas bajo llave. Incluso dos veces, por si acaso. Así que en la despensa están: la silla de oficina de papá, mi nuevo jersey, los rulos de mamá, el florero con flores, el mantel bordado por la abuela, la lámpara de papá, los libros de papá, el portátil de papá, la ... Hm, ahora que lo pienso, desde que Krtza está con nosotros, papá pasa más tiempo en la despensa que en la sala.

¿Ahora qué voy a ponerme cuando llueve? – mamá metió la suela destrozada debajo de mi nariz. *¿Qué?*

¿Si los zapatos eran tan importantes para ti porque no los escondiste? – quise responderle, sin embargo, no lo hice. Es mejor que me calle y que me muerda las uñas.

¡Estoy temblado cada vez que entro en casa! ¡Temo lo que pueda encontrar roto, rasgado, tragado o rascado!, mamá está agitando la suela. *¡Esta mañana tenía prisa porque llegaba tarde al trabajo, y mira lo que pasó! Me he quedado sin zapatos.*

¡Ese perro está loco! ¡Os lo estoy diciendo desde el primer día, pero nadie me hace caso! – grita papá y da un portazo en la despensa.

¡No lo ha hecho Krtza! – mentí a mamá en un solo instante.

¿A no? – mamá levantó la ceja izquierda. Nunca la vi tan enfadada.

¡He sido yo!, tragué la saliva y añadí en voz baja.

Quise ver lo resistente que es el material del cual estaban hechos los zapatos.

¿Y? ¿Es resistente? – mamá cruzó los brazos.

No mucho, como ves, encogí los hombros.

¿Y seguro que no ha sido ...? – mamá estaba provocando, pero la interrumpí rápido...

¡No ha sido Krtza, ya te lo he dicho! ¡Fue un experimento mío!

Entonces, querida científica, ¡a trabajar ya! – mamá señaló la aspiradora con determinación. *Y, por favor, la próxima vez experimenta con tus zapatos.*

Pasé las siguientes dos horas aspirando la casa sudando, mientras el señor estaba descansando en la terraza. He sido una ingenua. Krtza es realmente insoportable. Cada día hace alguna tontería y me culpan a mí. A mis padres no les he dicho nada sobre la revista de serpientes. Ya están bastante enfadados con él.

Ayer agarró el filete del plato de mi papá y lo comió de un bocado. Papá dio la vuelta por un segundo para coger el salero del estante y cuando quiso echar la sal sobre la carne, se dio cuenta de que su plato estaba vacío. Empezó a mirar debajo del plato, detrás de la cesta del pan, en su regazo, en la manga de mamá, debajo de la mesa, detrás del estante... Entonces giró la cabeza despacio hacia Krtza. Él estaba sentado al lado de la silla de papá con la mirada distante como si fuera un cordero peludo.

¡No lo ha hecho Krtza, he sido yo! – mentí a papá también.

¡Nina, podrías haberme dicho que tenías hambre, en vez de quitarme el filete del plato! – papá me miraba atónito del otro lado de la mesa.

¡¿Ya te comiste el trozo tan grande?! – mamá también estaba asombrada.

¿No habrá sido...? – papá no tuvo tiempo de terminar la pregunta.

¡No ha sido Krtza, ya te lo he dicho! ¡He sido yo! – respondí rápidamente.

Hace unos días aspiré toda la casa por lo de la revista, y hoy por lo de zapatos.

¡Ahora sí que basta ya! – refunfuñé para mí misma.

Mientras ponía la aspiradora en su sitio así de asfixiada, sudorosa y furiosa, tomé una decisión firme:

Es la última vez que lo protejo. Krtza es desobediente, pesado y terco. ¡Supongo que me merezco una mascota un poco más agradable!

Papá tiene razón, es un pesado. No sé si se comporta peor en casa o fuera. Mientras le doy un paseo me arrastra, tira, huye, ladra, gruñe, salta o se detiene en un sitio igual que un burro y no se mueve. Todo lo que encuentra por la calle lo devora en dos segundos. A un chico hasta le quitó el helado de la mano. El chiquillo empezó a gritar tanto que tuve que comprarle uno nuevo.

Mejor ni empiezo a acordarme de las tonterías de Krtza. Alucino en seguida. Pero esta tarde no solo yo estaba de mal humor, también el cielo. La cortina salió por la ventana y las gotas de lluvia empezaron a caer dentro del cuarto. Los truenos se oían cada vez más cerca y los relámpagos brillaban más y más. Mamá corría por la casa y bajaba las persianas en pánico. Papá desenchufaba el ordenador y el televisor. Lo mío fue recoger la ropa de la terraza. Tuve tanta prisa que tiraba las pinzas por todos lados – al suelo, sobre la cerca, a las macetas en la terraza de señor Sima... Mientras tanto Krza estaba rondando alrededor de mis piernas. Me ponía muy nerviosa ya que por su culpa hacía las cosas más despacio. Quise recoger las camisetas y las camisas lo más rápido posible, entrar en casa y cerrar la puerta de la terraza. No soy una cobarde como Krtza, pero para ser sincera, no me gustan las tormentas.

La lluvia tenía aquel sonido que hace la tubería en el baño cuando se rompe. Estaba sentada en el sillón leyendo un libro. De repente oí unos sonidos extraños. Me di la vuelta. Nada. Seguro que me lo imaginé. Seguí leyendo. Sin embargo, los sonidos se volvían más y más fuertes. Bajé el libro y presté atención... Parecía Krtza arañando las puertas.

Seguro que no es él, pensé. Krtza está durmiendo al lado del sillón.

Pero no estaba al lado del sillón, ni tampoco en otras partes del piso. Revisé cada rincón. Quedó solo revisar la terraza...

¡Perdóname... por favor! – estaba arrodillada en el suelo y él giraba la cabeza a otro lado.

Estaba empapado como una esponja y yo me sentía desanimada. Justo cuando tuve miedo de que no me iba a perdonar jamás, empezó a morderme las orejas. Primero una y luego la otra y repitiendo.

¡Krtza, eres un loco! ¡Qué haría yo sin ti!